

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 13 de Enero de 1879.

FERNAN CABALLERO.
DEL LIBRO TITULADO
«LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES.»

Yo he leído muchas novelas, todas cuantas he á mano en los felices tiempos en que con la mayor inhumanidad me obligaban á estudiar humanidades. Mi profesor de latin — una especie de arcaísmo semoviente que nos traducía con esparmos de regocijo la descripción de Venus Cytrea en la Eneida y con lágrimas en los ojos las quejas de Ariadna abandonada — me tiene sorprendido no pocas veces enfrascado en la lectura de «Juan Palomo.» Esta lectura, llevada á cabo en los momentos mismos en que se volvía por activa y por pasiva á la diosa más amable y despreocupada del paganismo, constituía un verdadero desacato á la mitología, y como tal, era castigado. Pero esto no impedía que yo siguiera simpatizando con Pousson du Terrail, Paul Féval, Sué, Fernandez y Gonzalez y tantos otros. Mi cerebro parecía el salón donde se hubiera dado cita la sociedad más escogida de París y Sierra Morena. Juan Palomo, Juan Va jean, Juan Lanas, La dama de las camelias, Los siete niños de Beija, El caballero del ógnila, Capitelas, Miguelito, Caparroti, y muchos otros de igual jaez, á todos recibía yo en mis salones con la amabilidad más esquisita, como diaria «La Correspondencia.»

Estas recepciones que me hacían tranpochar en demasía, redundaban por lo mismo en perjuicio de mi humanidad y de mis humanidades, porque me tornaba cada vez más flaco y amarillo, al paso que ignoraba por redondo hasta el más insignificante supino. Ni siquiera, pues, podía decirse que era supina mi ignorancia. Más en cambio de una ciencia que yo miraba con el desden más cómico desde el Chimborazo de mi entusiasmo, iba criando una imaginación encendida y melenuda, capaz de dar al traste con el poco sentido común que me quedaba. Así lo comprendieron mis deudos y amigos, y así hubo también de comprenderlo yo á la postre, por lo cual traté de ir apartándome paulatinamente de tan brava compañía. Desde luego me decidí á dedicar tan solo un día á la semana, los viérnes, á la lectura de novelas y á ser un poco más cauto en su elección. Acudieron entonces á mi tertulia una porción de personajes más simpáticos y finos que los anteriores. Veíanse allí á Werther, Iranhoe, Atala, Eugenia

Grandet, Wilhelm Meistrey muchos otros que no recuerdo. Fernan Caballero surtía también de amables personajes esta tertulia. No cabía duda que los viérnes del Sr. Palacio eran de lo más ameno que por entonces existía.

Así y todo mi profesor seguía considerándome como un bárbaro escyta indigno de toda relación con los héroes de la Eneida y hasta con los animales de las Geórgicas. Al llegar á la edad en que ya no se le pregunta á uno lo que lee sino lo que gana, me he visto obligado, con dolor profundo de mi alma, á poner de patitas en la calle á todos mis románticos amigos. Y los momentos en que mis ocupaciones me dan tregua, en vez de leer novelas me dedico á escribirlas. Pero las escribo para dentro, porque hoy por hoy tengo la fantasía al servicio de mi corazón y tejo cada pocas horas para mi uso particular unos cuentos tan fantásticos y patéticos, que á todos parecerían increíbles. Esta es la costumbre de las cosas inverosímiles. Sin embargo, como siempre fui bastante amigo de pasar con la mía (¿quién no es amigo de pasar con la suya?) me he empeñado en demostrar á mi viejo maestro, que aquellas lecturas anticlásicas que con tanto ardor persiguió en otro tiempo, no fueron tan inútiles, ¿qué digo inútiles? tan perniciosas como él suponía, puesto que hoy me permiten cumplir con el deber que he contraído de escribir para el público.

Voy á describir, por tanto, cual viajero que se sienta á descansar después de un largo viaje, las extrañas y rientes comarcas por donde anduve. Voy á lanzar á los vientos de la publicidad impresiones, juicios, observaciones sobre mis lecturas atrasadas. Público amigo, no des la razón á mi viejo maestro; dignate recogerlas del suelo aunque después las arrojes como frutos desabridos, á los que falta la madurez de la experiencia.

He dicho que Fernan Caballero perteneció á mi segunda época. Por cierto que eran tan simpáticas sus creaciones y tan amables sus cuadros, que con ser yo muy devoto de la época presente y muy admirador de sus progresos, más de una gana me asaltaba de volver casaca y hacerme servilón, tan solo por el placer de ocupar un puesto en sus escenas de familia y tratar personalmente á la mística «Ella» y á la sensible «Lágrimas.» Mas pronto reflexionaba que no podía ser tal mi fuerza de disimulo que no asomara la oreja de «negro» en la ocasión ménos prevista, y entonces tendria,

que pasar por el bochorno de ser arrojado de aquellos santos hogares y despreciado por aquellas lindas mujeres. ¿Quién me dijera entonces que yo, su admirador, su enamorado, haria tiempo andando, el papel de amiga envidiosa, poniéndome á buscarlas con la mayor sangre fría sus más pequeños defectos!

El papel de crítico es, en verdad, muy desairado, á veces odioso; pero como acontece también con ciertos otros en las obras dramáticas, absolutamente necesario para el buen orden y progreso de la literatura. Bien que las novelas de Fernan Caballero me encantasen siempre, no dejaba por eso de pensar vagamente aun en los tiempos de mayor entusiasmo que en ellas sobraba mucho. Ahora entiendo que falta no poco. Para comprender bien á Fernan Caballero, es preciso tener presente, en primer lugar, que sus obras no son la expresión pura y sencilla de una fantasía que gusta de presentar al público la turba de imágenes que en ella flotan, sino más bien la labor viva y apasionada de un pensamiento batallador. La novela es para él un arma con que asalta las conciencias y las somete á su imperio. Y ciertamente no he de ser yo quien repruebe tal uso, cuando responde perfectamente á la naturaleza de este género literario, y no rompe con sus constantes tradiciones. La novela puede servir y ha servido siempre para un fin social. Mas debo advertir, para satisfacción de ciertos escrúpulos literarios, que la novela es una obra de arte, y que como tal, su fin primero es realizar belleza; lo demás se lo otorga por añadidura.

La novela, como toda obra de arte, puede, aunque no debe por necesidad, enseñar algo; de hecho constituye un verdadero poder en nuestra sociedad, ejerce una influencia legítima en nuestras costumbres, y en ocasiones ha buscado y hallado arraigo para alguna idea peregrina. La tarea del crítico sobre este punto consiste en observar de qué modo se ha llevado á cabo todo esto. Nunca debe olvidarse de que es el defensor del arte contra los excesos de la pasión ó las invasiones del espíritu didáctico.

¿Cuál es la idea que agita el corazón femenino de Fernan Caballero, que mueve su pluma y se encarna en sus novelas? La idea del pasado. Por él combate cuerpo á cuerpo sin que le rinda jamás el sueño ó la fatiga, manejando con febril entusiasmo una daga ténue y afilada, la sola arma que puede sostener su delicada mano.

Sus novelas no son más, es decir, son además de obras muy bellas, un diluvio de alfilerazos á nuestra filosofía; á nuestras costumbres, á nues-

tra política. Son pequeños cuadros de antaño, que por la suavidad de su color, por su dibujo primoroso y por su ambiente diáfano, quiere hacer contrastar con los licenciosos cromos de ogaño. Espera que el lector, al contemplarlos, eche de ménos con dolor aquellos sabihondos frailes, aquellos severos padres, sumisos hijos y servidores fieles, que comprenda la santidad de aquellos respetuosos besos de mano y la solemnidad de aquellos chocolates celebrados al amor del brasero; de todo lo cual gozaron nuestros abuelos dentro de la sana moral y del temor de Dios.

Y en verdad que el lector no deja de tener por ciertas las proposiciones de Fernan Caballero y de extasiarse con las tiernas escenas que nos reportan en sus cuadros. Mas como la funesta manía de pensar se ha introducido en todas las cabezas y es de un mal que no tiene cura, doy en cavilar, y da también el lector, pariente cercano mio, que para mudar de vida y volver á las usanzas de nuestros progenitores, es de toda necesidad que Fernan Caballero nos garantice: que los frailes serán siempre sabihondos y mesurados, y no cicateros intrigantes. arri-

gos de darse buena vida y de revolver por solaz la agena; los padres siempre comedidos, incapaces de contrariar la legítima vocación de sus hijos ni de abusar de su poder por ningun concepto; los nobles, protectores generosos de la debilidad, no insolentes disipadores de sus caudales. Y después que todo esto nos garantice, es menester también que nos indique los medios de volver este pícaro mundo al estado que apetece. Aunque presumo que solo se podrá dar cima á la empresa convocando una magna reunión de los humanos y conviniendo entre nosotros, después de haber estudiado minuciosamente cada una de las épocas históricas, cuál es la que debemos preferir. Con esto y con encargar á Paris que en vez de sombreros de copa se fabriquen en adelante bonetes y chambergos y que apaguen á toda prisa sus endiabladas luces eléctricas, podríamos tal vez inaugurar de nuevo los tiempos de Mari-Castaña.

Pero ¿y el espíritu? ¿Pondríamos también bonete al espíritu?

A. PALACIO VALDÉS.

(Política.)

MISCELANEA.

El número de huelgas ocurridas en Inglaterra durante el año que acaba de transcurrir, se eleva á 177. Hay una disminución si se compara con las de 1877, que fueron 181.